

El ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha

MIGUEL DE CERVANTES SAAVEDRA

Ed. Diego Martínez Torrón, Sevilla, Renacimiento, 2020
(Los Cuatro Vientos, 172), 2 volúmenes. 980 pp. y 1024 pp.

Con el paso de los años, las obras literarias pierden conexión con el público. El contexto sociocultural en el que surgen cambia hasta desvanecerse, dando paso a otros entornos en los que pierden su sentido. Obviamente, si el tiempo transcurrido es de varios siglos, a las diferencias culturales hay que sumar las lingüísticas. La evolución de la lengua hace que muchas palabras usuales en épocas anteriores hayan mutado de significado y se nos muestren en la actualidad con un sentido completamente diferente, pese a mantener su apariencia externa. Lo mismo sucede con las grafías y la puntuación. En este punto se hace imprescindible la labor del exégeta, la cual consiste en actuar de “mediador” entre los textos y los lectores de un momento determinado. Y precisamente eso es lo que ha hecho el catedrático de literatura de la Universidad de Córdoba, Diego Martínez Torrón, en su reciente edición del *Quijote* de la editorial Renacimiento. La obra,

publicada en dos extensos volúmenes, se acompaña de un revelador prólogo y varios ensayos al final, de indudable interés tanto para el lector que se acerca por primera vez a este clásico de la literatura como para el ya formado investigador que quiere profundizar en su estudio.

El Quijote, al tratarse de clásico de la literatura de valor incalculable, ha recibido una temprana atención crítica que se remonta casi a la fecha de su publicación. Desde muy pronto hubo investigadores que se volcaron en la explicación de aquellos pasajes, expresiones o palabras que pudieran resultar difíciles de comprender al lector común. Martínez Torrón tiene en cuenta toda esta prolífica labor de la crítica que le precede, toda vez que acercarse al *Quijote* supone abordar todas las interpretaciones que sobre él ha habido a lo largo de la historia. Así pues, en el apéndice anteriormente mencionado se lleva a cabo un repaso de las ediciones acometidas a lo largo de los siglos,

desde las de la Real Academia o la del reverendo inglés John Bowle en 1781 hasta la española de Pellicer en el XIX o la de Bastús y Gorsch. Con todo, la edición no pretende un análisis exhaustivo de todas las ediciones o versiones, sino que más bien trata de mostrar lo más destacado de cada una de ellas para así proponer nuevos puntos de vista. Esta labor de análisis resulta imprescindible si lo que se procura es ofrecer una edición novedosa del *Quijote*, pues solo desde el conocimiento de la tradición se puede ser realmente innovador.

La ubicación del aparato de notas al final en lugar de a pie de página se antoja la más acertada, habida cuenta de su extensión y minuciosidad a la hora de explicar cualquier dato de interés. La distancia temporal entre el lector del Seiscientos y el del siglo XXI se solventa con las numerosas glosas léxicas y gramaticales, para las que se ha empleado como referencia el diccionario de la Real Academia Española. De acuerdo con el editor, dicho diccionario tiene con *El Quijote* un vínculo especial, cifrado en el hecho de que los académicos lo han usado tradicionalmente como fuente para sus definiciones.

Sin embargo, lo más destacado de las anotaciones es que es en

ellas donde se evidencia la óptica novedosa desde la que el catedrático presenta *El Quijote*: la de un individuo del siglo XXI. Así pues, Martínez Torrón pone en práctica un método de estudio propio que combina ideología —entendida como el conjunto de creencias y la cultura imperantes en una época concreta— con literatura. De este modo, se analiza cómo la recepción de la novela ha ido cambiando a lo largo de los siglos dependiendo del punto de vista del crítico y el siglo en el que se inserta: no hay una explicación definitiva, sino que, a medida que se suceden las generaciones, a las interpretaciones ya existentes se les añaden otras nuevas, conformando un conjunto de significados superpuestos. Se resaltan ciertos matices que habían pasado desapercibidos para los estudiosos anteriores. Por ejemplo, en el cuidado que Sancho hace del rucio, ¿no hay ecologismo? En el discurso de Marcela, ¿no hay una defensa de la mujer, de su independencia a la manera que se hace en las sociedades actuales? ¿Acaso no se observa un sentido democrático en la naturalidad con la que dialogan caballero y escudero? Todos estos rasgos están latentes también en el *Quijote*, esperando a que un crítico de nuestro siglo sepa en-

treverlos y resaltarlos. El hecho de que no se hubieran señalado con anterioridad responde, de acuerdo con el método de análisis propuesto en la edición, a que los distintos críticos carecían de la ideología necesaria para apreciarlos. Lo mismo acontecería con la crítica social presente en el libro. La censura de la época, impregnada de la concepción horaciana del arte, era incapaz de percatarse de ciertos aspectos que hoy podrían resultarnos evidentes:

Hoy vemos cómo Cervantes convierte el ideal caballeresco en crítica social, por más que entrañable y humana siempre, como parte de un intento de mejorar la sociedad, desde la perspectiva del idealismo laicista y hermoso de esos libros de caballerías. No se trata de que específicamente busque esta crítica social, sino que esta se deduce implícitamente de su retrato de los diversos personajes y capas sociales. [...] los censores, solo imantados por el tópico del *dulce et utile* horaciano, no comprendieron afortunadamente la obra, y se quedaron con su envoltorio externo.

Para la fijación del texto, Martínez Torró tiene en cuenta publicaciones previas tan reputadas como las de la Real Academia o la de

Francisco Rico, si bien modifica ciertos aspectos de las mismas a fin de otorgarles aires más actuales. Un ejemplo significativo es su preferencia por separar las oraciones por puntos y seguido en vez de utilizar el punto y coma: las frases se hacen más cortas, se le da un nuevo ritmo a la prosa y se moderniza el texto. Al basarse en criterios puramente gramaticales, contribuye a aproximar la escritura a los modos y usos vigentes y, por ende, la hace más comprensible a los lectores.

Al igual que sucede con la puntuación, también moderniza la ortografía, adaptándola en la medida de lo posible a la norma actual. Tal como explica en el prólogo, no tiene sentido mantener arcaísmos si no cumplen una función estilística concreta:

Por ello modifico y actualizo grafías, cuando no tienen un sentido estilístico o definen el modo de ser y hablar de un personaje, como las formas populares en desuso del habla de Sancho [...] he modificado muchas voces que no tiene sentido mantener: ¿puede creerse de veras que mantener «agora», «ansí», «mesmo», «des-te», «facer», «fermosa», «roballa», «priesa» etc. ayuda a comprender el estilo de la época?

La máxima seguida en la presentación de su edición ha sido la de servir de puente entre una obra muy alejada en el tiempo y nuestro siglo, tanto en la interpretación del texto como en los aspectos formales. De ahí que haya procurado, por un lado, la depuración de aquellas cuestiones que pudieran distraer al receptor –ortografía en desuso, puntuación no adaptada a la actual– y, por otro, el énfasis en aquellos aspectos presentes en el *Quijote* que, de algún modo, anticipan los valores ideológicos actuales como el ecologismo, la defensa de la mujer o la democracia. Todo para lograr extraer de la obra cumbre de Cervantes lo que posee de imperecedero y atemporal: la esencia humana, que puede ser comprendida por todos los individuos de todas las épocas.

Beatriz López Pastor